

Homilía del 29 de marzo 2020

Hoy Ezequiel nos los dice dos veces:

"Pueblo mío, yo mismo abriré sus sepulcros, los haré salir de ellos y los conduciré de Nuevo... ustedes dirán que yo soy el Señor."

Hoy mismo, algunos de nosotros sentimos que hemos sido sepultados en nuestros hogares. Tal vez estábamos olvidando que hemos sido bendecidos con tener un hogar.

Nuestras casas no necesitan ser tumbas como la casa de un ermitaño que es una tumba. Tal vez la imagen de una tumba, o una prisión, sería más apropiado para un ermitaño cristiano o monjes. Pero el ermitaño no está llamado a separarse para quedar encerrado. Más bien, es para separarse de los engaños, del ruido constante y la distracción. En la ermita, él es libre de ser quien es - criatura de Dios - dedicada a Dios y orando por toda la humanidad.

Y eso es lo que hacen los llamados a la vida contemplativa. Ellos se mantienen al día con las noticias en el mundo. Y oran por todos. No están encerrados. Son libres.

Usemos este tiempo para la oración y acercarnos a Dios. El hogar no es un grillete. Si estamos encadenados en la casa, significa que hemos sido liberados de estar encadenados a otras cincuenta cosas que están sucediendo. Podemos estar encadenados, podemos estar atados, pero cerca de Dios.

Con esta paradoja del entierro es que vamos al Evangelio de hoy. Muchas cosas están pasando; Cristo está trabajando en muchos lugares.

Primero - Él espera. El Evangelio nos dice que esto no es porque Lázaro no es importante para Él. Jesús deja que se sepa que Él tiene un plan, incluso utiliza

palabras que hacen eco de lo que dijo el Hombre Ciego la semana pasada,  
"Esta enfermedad... servirá para la gloria de Dios...".

Segundo - Cristo a Betania, aunque haya peligro. Cristo vino a ponerse en peligro para salvarnos.

Por tanto - Marta como María hablan palabras que, si fueran habladas por alguien más, podrían implicar que su venida fue "demasiado corta, demasiado tarde." Pero siguen diciendo que no sólo Su presencia era de Vida, sino que Su presencia da vida. Con ese tipo de Confianza, Él nos da una confianza aún mayor.

Finalmente - Llama a Lázaro de la muerte. Durante dos mil años, los cristianos han memorizado las palabras de Jesús, "Yo soy la resurrección y la vida; quien cree en mí, aunque muera, vivirá, y todos los que viven y creen en mí nunca morirán."

Ahora sabemos que esto no significa que nuestros cuerpos no envejecerán, serán lastimados, o se enfermarán. Algún día respiraremos nuestro último aliento en estos cuerpos tal como están - a menos que Cristo regrese pronto. Dos mil años de experiencia nos lo han confirmado.

Creemos en Cristo por lo que Él es y por las experiencias personales con Él. Lo que paso con Lazarus, fue que la primera generación de cristianos compartió la experiencia del por qué sabemos que las palabras de Cristo son verdaderas. Con Lázaro, muerto sin lugar a duda, es levantado y liberado de su tumba. Esto es un presagio de lo que Cristo mismo hará pronto.

Nuestros hogares no son nuestras tumbas. Otras cosas lo pudieran ser. A veces pareciera que estamos sepultados bajo una avalancha de deberes o deseos o notoriedades. Finalmente, nuestros pecados nos sepultan. No podemos escapar. Cristo debe venir y llamarnos. Y Él lo hace.

Cristo viene, aunque pareciera estar demorando. Él viene, aunque parezca en un tiempo inoportuno. Él viene porque Él no sólo da la vida - Él es la vida. Él viene, y Su trabajo sobre nosotros nos llama a un camino más profundo, una confianza más profunda en Él.

Es bueno recordar el tiempo que Cristo nos ha dado la vida en medio de la desesperación. Es bueno que compartamos estos recuerdos con otros para que puedan saber de su poder salvador.

Debemos compartir Sus palabras que dan vida con los demás en este tiempo de aislamiento y temor.